

pendencia del valle del Nilo. El sabio jesuita no se admira de tan extraordinaria extension de la religion egipcia; lo que le parece extraordinario, admirable, es que se haya propagado por América; no sabiendo cómo explicar estas sorprendentes relaciones, recurre á un poder sobrenatural: el enemigo del género humano, dice, el diablo, es quien ha propagado las supersticiones del Egipto por el nuevo mundo (1).

El gran crítico del siglo XVIII, *Voltaire*, se rió de estas exageraciones. Inspirado por su buen sentido, dijo «que no habia más parentesco entre los Chinos y los Egipcios, que entre los Alemanes y los Hurones; y que, si habia alguna analogía entre la religion de la India y la del Egipto, bien podia ser que los sacerdotes de ambos pueblos hubiesen sido igualmente ridículos, sin haberse imitado en nada» (2).

La influencia exagerada atribuida á la cultura egipcia, provocó una reaccion inevitable. Los escritores alemanes emplearon una ciencia profunda en servicio de una opinion tan paradójica como la de los admiradores del Egipto. En su concepto, la legislacion de Moises se explica por la revelacion, y la civilizacion helénica, si no es completamente autóctona, por lo ménos no ha tomado nada de los sacerdotes egipcios.

¿Qué quedaria en este caso del Egipto? ¿Cuál sería su mision?

Uno de los pueblos más notables del mundo habria vivido millares de años sin dejar de su paso más rastro que unas piedras, monumentos de muerte! Semejante opinion nos parece más que errónea; está en oposicion con los designios de la Providencia. La solidaridad que une á los miembros del género humano no permite admitir que los individuos ó los pueblos pasen por esta tierra sin que su existencia modifique la de sus semejantes. El aislamiento del Egipto no es más que aparente; se relaciona con la humanidad por medio de las ideas (3).

(1) KIRCHER, p. 417.

(2) *Fragments historiques sobre la India*, art. VI y XXXV.

(3) EWALD (*Geschichte des Volkes Israël*, t. I, p. 441) dice que el Egipto ha sido como una gran escuela para los demas pueblos.

CAPITULO II.

EL DERECHO DE GENTES.

§ I.—Influencia del régimen teocrático sobre el derecho de gentes.

Los Egipcios no han tenido, como los Persas, los Macedonios y los Romanos, la ambicion de fundar una monarquía universal. Las conquistas de los Faraones no son más que un accidente en el desarrollo de la civilizacion egipcia; tienen, sin embargo, gran importancia para el derecho internacional. Por primera vez encontramos en nuestros estudios un pueblo regido por una casta sacerdotal, que sale de su aislamiento para emprender expediciones lejanas. La India ha tenido ciertamente su época heroica, pero tenemos que limitarnos á sospechar su existencia; nos faltan los hechos para poder apreciar su carácter. Los testimonios que quedan de la historia egipcia, aun cuando mutilados, bastan para reconocer la influencia del régimen teocrático en el derecho de gentes.

La cuestion es de gran interes para la historia de los progresos de la humanidad. Vamos á entrar en una edad de violencia y de fuerza brutal. Pueblos nómadas, semisalvajes, invaden el Mediodía del Asia; cuando sus incesantes invasiones concluyen por el establecimiento de la monarquía persa, los pueblos de Occidente aparecen en la escena y los anales del género humano no presentan más que un espectáculo uniforme de carnicería y de destruccion. Las sociedades teocráticas de la India y del Egipto parecen á primera vista ménos manchadas de sangre.

Ya hemos dicho por qué razon los estados despóticos y conquis-

tadores substituyeron á los estados sacerdotales, y qué progresos estaban llamados á realizar. Si en el paso de una condicion pacífica á un movimiento desordenado se ha derramado mucha sangre, no creamos por esto que hubo más humanidad verdadera en las teocracias. Las guerras de los Egipcios nos manifestarán tantas crueldades como las conquistas de los Bárbaros, y estas atrocidades no pueden excusarse con las pasiones indomables propias de un pueblo guerrero. Tal es la enseñanza que nos ofrece el derecho de gentes del Egipto.

§ II.—Conquistas de los Faraones.

Bossuet dice que el Egipto era amigo de la paz, porque era amigo de la justicia (1). El espíritu pacífico de los habitantes de las orillas del Nilo llamó ya la atención de *Estrabon*, pero creyó encontrar la causa en las circunstancias físicas y geográficas, más que en las inclinaciones naturales de los habitantes. Como se bastaban á sí mismos, dice, no podían tener el deseo de extenderse por medio de la conquista (2). Nosotros no atribuiremos estas disposiciones pacíficas de los Egipcios á su amor á la justicia; pero estaban demasiado arraigadas en su carácter para que basten á explicarlas las influencias exteriores. Sucede con las naciones lo mismo que con los individuos; nacen con facultades diversas, que nosotros observamos, pero cuya causa no podemos determinar: éste es el misterio de la creación. Los Egipcios eran un pueblo agricultor y teológico, como los Indios y como los Hebreos. Las inundaciones maravillosas del Nilo, la fertilidad extraordinaria que comunican al suelo, desarrollaron la afición á los trabajos agrícolas: la casta sacerdotal la fomentó, y encontró en ella un instrumento para civilizar á los indígenas del África. La agricultura fué considerada como el fundamento del estado social: los sacerdotes no sólo veían en ella el aspecto económico, sino también

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*, 3.^a parte, § III.

(2) STRAB., lib. XVII, p. 563 (ed. Casaub.).

una manifestacion de la vida divina: un lazo íntimo la unia con la religion (1). Como las ideas religiosas se mezclaban con los actos cútidianos de los Egipcios, imprimieron á aquel pueblo un carácter completamente particular. Parecia preocuparse ménos de la realidad que del pensamiento de la muerte. En los festines se paseaba un féretro al rededor de la sala, para recordar en medio de los placeres la brevedad de la existencia (2). «Los Egipcios daban muy poca importancia á la vida. Llamaban hospederías á sus habitaciones, y á sus sepuleros las moradas eternas» (3). Las construcciones más notables del Egipto son los monumentos funerarios (4).

Difícil seria imaginar disposiciones más contrarias al espíritu guerrero. Si se considera además que los Egipcios estaban regidos por una casta sacerdotal, pacífica por su naturaleza, se concibe que las conquistas de los Faraones hayan parecido inverosímiles. Las expediciones de Sesóstris han tenido más incrédulos que las de todos los conquistadores semi-fabulosos del Asia. «Lo mismo creo en ellas, dice *Voltaire*, que en el millon de soldados que salian por las cien puertas de Tébas.» El gran crítico añade: «Al leer en Diodoro, cómo el padre de Sesóstris destinó á su hijo á subyugar el mundo, cree uno que está leyendo la historia de Picrocolo; el pueblo egipcio, el más cobarde de todos, estaba más dispuesto á ser subyugado que á conquistar la tierra» (5). Los historiadores más graves participan de las mismas dudas. *Roberts* hace notar todas las circunstancias maravillosas é increíbles que se encuentran en la narracion de Diodoro; le parece imposi-

(1) HEEREN, *Aegypten*, secc. II, p. 605-617.—*Real Encyclopædie der Alterthumswissenschaft*, t. v, p. 1012, 1013; t. IV, p. 276.

(2) HERÓDOTO (II, 78) parece creer que aquel uso tenía por objeto incitar á los convidados á la alegría mientras durase la vida. PLUTARCO que refiere el mismo hecho, da una explicacion más conforme al genio egipcio (*Sept. Sapient. Conviv.*, c. 2).—C. PLUTARCO, *De Osir.*, c. 17.

(3) DIODOR, I, 51.

(4) Las pirámides eran las tumbas de los reyes (DIODOR., I, 64).—LETRONNE, en el *Journal des Savants*, 1841, p. 450.—BUNSEN, *Aegypten*, t. II, p. 361.—Una parte de las montañas de la Libia ha sido excavada para servir de sepulcros, ó más bien de habitaciones á los muertos; son los famosos *hypogeos* que causan la admiracion de todos los viajeros (*Descripcion del Egipto*, t. III, c. IX, sec. 10 y 11).

(5) VOLTAIRE, *Filosofía de la Historia*, capítulo *Del Egipto*.

ble conciliar lo que cuenta el escritor griego acerca de las guerras marítimas de Sesóstris con el genio egipcio, que era hostil á la navegacion (1). Uno de los grandes sabios de Alemania llevó más adelante sus dudas; segun *Heyne*, Sesóstris es un personaje mitológico; sus acciones son hechos astronómicos presentados bajo forma de historia; su expedicion por Oriente es una imágen del curso del sol (2).

Consignamos estas dudas, manifestadas por los espíritus más eminentes, porque pueden servirnos de saludable enseñanza. Se ha hecho moda dudar de todo lo relativo á la antigüedad. ¡Ay de aquel que da crédito á las narraciones de los antiguos, cuando no son auténticas en sumo grado! Pasa por un simple, digno de entretenerse con cuentos de viejas. Pues bien. Hé aquí un hecho poco probable por sí mismo, que debía parecer imposible por las fábulas con que Diodoro lo ha mezclado, y que, sin embargo, es cierto: está confirmado por la más incontestable de las pruebas, los testimonios contemporáneos. Sesóstris erigió columnas triunfales en Asia y en África, para eternizar el recuerdo de sus victorias. Herodoto declara haberlas visto; existian aun en tiempo de Estrabon (3). Los viajeros modernos han encontrado las inscripciones que estaban grabadas en aquellos monumentos (4). Poseemos, dice *Champollion*, estatuas, tal vez verdaderos retratos, de un rey cuya existencia era ántes puesta en duda (5).

No es posible dudar de las conquistas de los Faraones. Basta dirigir una mirada á los monumentos del Egipto, para convencerse de que su objeto es celebrar las acciones gloriosas de los reyes guerreros. Unas veces se encuentra el principio de una batalla, ó la victoria de los Egipcios y la fuga de sus enemigos; otras la lucha de las masas, el combate de los jefes, ora á pié, ora en carros, como en los poemas de Homero; tras del asalto de una fortaleza

(1) ROBERTSON, *Investigaciones sobre la India antigua*, nota 1.

(2) *Comment., Soc. Goetting.*, t. V, p. 123.

(3) HEROD., II, 103, 106.—STRAB., XVI, p. 529; XVII, p. 543, ed. Casaub.

(4) LEPSIUS (*Annali dell' Instituto archeologico*, t. X, p. 12) ha leído en ellos dos fechas que corresponden á la época á que Diodoro refiere las conquistas de Sesóstris.

(5) CHAMPOLLION, *Cartas relativas al museo egipcio de Turin*, p. 14.

se ve el saqueo de una ciudad con todos sus horrores. Es la representación de toda una edad heroica, una Iliada de piedra (1).

¿Hasta dónde alcanzaron las conquistas de los Egipcios? Aquí aparece de nuevo la incertidumbre. Parece que los sabios ceden con disgusto ante la evidencia de los hechos; obligados á admitir la existencia de Sesóstris, diríase que trabajan por disminuir la importancia de este personaje: « El sacerdocio, se dice, ha querido elevar al gran Faraon por encima de los conquistadores persas y griegos que sucesivamente invadieron el Egipto. Sus guerras, circunscritas en un principio entre límites bastante próximos, se agrandan en la narracion de los sacerdotes, á medida que aumentan sus relaciones con el extranjero. Sesóstris conquista el Asia hasta la India, porque Alejandro habia conquistado el Asia hasta el Indo » (2). Verdad es que varian las narraciones de los autores antiguos acerca de las expediciones de Sesóstris; pero las sábias investigaciones de *Lepsius* han dado la explicacion de estas diferencias. El *Sesóstris* de los griegos es el *Sethosis* de Manethon. Un pasaje del historiador egipcio conservado por Josefo declara que conquistó la isla de Chipre y la Fenicia, y que venció á los Asirios y Medos. El hijo de *Sethosis*, el célebre *Ramses*, llamado *Miamoum*, continuó las empresas de su padre; llevó sus armas más léjos, pero en la misma direccion. Los Griegos atribuyeron á Sesóstris todas las victorias de su hijo; así se explican las relaciones, no contradictorias, pero en la apariencia exageradas, de los historiadores (3).

Los monumentos confirman la veracidad de los escritores griegos y de los sacerdotes egipcios, que les sirven de autoridad. *Tácito* cuenta (4) que Germánico, al visitar el Egipto, se detuvo delante de las ruinas de la antigua Tébas; la inmensidad de las construcciones inspiró al general romano el mismo asombro mezclado de admiracion que diez y ocho siglos más tarde experimentaron las legiones de la república francesa. Quiso entender el significado

(1) HEEBEN, *Aegypten*, sec. III (Supplem., p. 464, 465, 477).

(2) LETRONNE, *Memoria acerca del monumento de los Osymandyas*, en las *Memorias del Instituto*, t. IX, p. 365.

(3) LEPSIUS, *Cronologia*, t. I, p. 283.

(4) TÁCITO, *Anal.*, II, 60.

de las inscripciones que en los monumentos se veían. Un sacerdote le dijo que contaban las expediciones de Ramses: á la cabeza de 700.000 hombres habia conquistado la Libia, la Etiopía, habia vencido á los Medos, á los Persas, á los Bactrianos, á los Escitas; dominaba en Siria, Armenia y Capadocia. El intérprete le dijo tambien el importe de los tributos pagados por los vencidos en dinero ó en especies; eran tan considerables, dice el historiador, como los que hoy impone Roma á las naciones. Estas inscripciones, que demuestran las victorias alcanzadas por un rey egipcio catorce siglos ántes de nuestra era, subsisten todavía. La narracion de Diodoro, que ha provocado la risa de Voltaire, está conforme en el fondo con la de Tácito. Solamente un hecho de los que menciona el escritor griego carece hasta hoy de confirmacion en los monumentos. Segun él, las flotas egipcias tomaron posesion de las islas situadas en el Mar Rojo, así como tambien de todo el litoral hasta la India; el héroe egipcio llevó sus conquistas más lejos que Alejandro (1). Es probable que esta parte de la narracion de Diodoro sea una glorificacion de Sesóstris, debida al patriotismo ó á la vanidad de los sacerdotes.

La ambicion que impulsó hácia el Asia á los reyes de Egipto se ha transmitido, como una herencia, á todos los príncipes que han querido fundar un Imperio poderoso en las márgenes del Nilo: los Tolomeos y los Sultanes mamelucos Saladino y Mehemet-Alí, han tenido la misma política que Sesóstris y Ramses (2). Sin embargo, los Faraones no pudieron evitar la maldicion que el siglo pasado pronunció contra los conquistadores: Volney llama á Sesóstris el *rey azote* (3). Los filósofos no han conocido la mision civilizadora de la guerra en la antigüedad; además, al desaprobare las conquistas egipcias, condenaban hombres y cosas que no conocian, y que hoy apenas empezamos á conocer. Para apreciar las conquistas de los Faraones necesitaríamos conocer el estado en que se encontraban los pueblos con quienes estuvieron en contacto. Si aquellos pueblos eran bárbaros, el Egipto, que habia alcanzado

(1) DIODOR, I, 53-55.

(2) NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. I, p. 91.—MOYERS, *Die Phoenizier*, t. II, 1.ª parte, p. 329, 348, 415, 416.

(3) VOLNEY, *Cronologia de los Egipcios*, c. 2.

un grado eminente de cultura catorce siglos ántes de nuestra era, debió ejercer sobre los vencidos la influencia que la civilizacion ejerce siempre sobre la barbarie. Segun las narraciones de los antiguos, hubo colonias que duraron mucho tiempo y que depositaron en Asia la semilla de la cultura egipcia. Herodoto cuenta que Sesóstris fundó una colonia cerca de la laguna Meotides; estos colonos dieron origen á los habitantes de la Colquidia; en tiempo del historiador griego aun se notaba el parentesco de los dos pueblos en la constitucion física, en las costumbres y en la lengua (1). Los monumentos de Nínive confirman estos testimonios. Llevan el sello evidente del estilo egipcio; los emblemas particulares del arte egipcio reaparecen en las esculturas asirias, las esfinges enigmáticas guardan los templos de Nínive, lo mismo que los de Tébas. Existen en las ruinas de Nínive vasos completamente semejantes á los que se descubren en los sepulcros del Egipto; se han encontrado tambien sepulcros que presentan todos los caracteres de las sepulturas egipcias, y hasta inscripciones jeroglíficas (2).

Más adelante hablaremos de las antiguas relaciones comerciales que existieron entre el Egipto y los pueblos asiáticos; las conquistas de los Faraones favorecieron estas relaciones. Si la tradicion no ha exagerado la gloria del héroe egipcio, fué tan grande en la paz como en la guerra. No hablamos de los gigantescos monumentos de Ramses, los más magníficos, segun Champollion, que ha erigido la mano de los hombres (3); hay una obra más grande y más útil que los palacios, y es el canal que debia unir el Nilo con el Mar Rojo. Aristóteles, Estrabon y Plinio dicen que Sesóstris concibió el proyecto de esta comunicacion, y que dió principio á su ejecucion (4). Así, pues, aquel rey *azote* no se limitó á conquistar los pueblos, sino que tuvo tambien el pensamiento de unirlos.

(1) HEROD., II, 102, 103.—NIEBUHR, *Vorträge*, t. I, p. 74.

(2) LAYARD, *Nineveh and its Remains*.

(3) CHAMPOLLION, Noticias acerca del Egipto (*Diccionario de la conversacion*).

(4) LETRONNE, *Recopilacion de las inscripciones griegas y latinas del Egipto*, t. I, p. 198-198.—LEPSIUS, *Chronologie der Aegypter*, t. I, p. 349-355.

§ III.—Derecho de guerra.

No queremos idealizar á los reyes de Egipto, cuyas empresas hacen la gloria del nombre de Sesóstris. La manera como aquellos soberbios conquistadores trataban á los vencidos revela despotas del Oriente más bien que émulos de Alejandro. Aun cuando admiramos el palacio de Karnac y el Ramesseum, no por eso olvidamos que aquellos monumentos fueron construidos por prisioneros de guerra; el vencedor tuvo cuidado de consignar en sus inscripciones «que no habia trabajado en ellos ningun indígena» (1). Está tan arraigada en los espíritus la preocupacion del derecho del más fuerte, que *Bossuet* elogia á Sesóstris por haber imitado en este punto el ejemplo del sabio Salomon; el rey de los Hebreos empleó tambien á los pueblos tributarios en las obras que han inmortalizado su nombre (2). Quizá el gran escritor no hubiera celebrado la conducta de Sesóstris si hubiera sabido que el héroe que elogiaba era el mismo Faraon, cuya tiranía obligó á los Hebreos á rebelarse (3). *Bossuet* añade que hubiera sido más digno de gloria si no hubiera obligado á los reyes vencidos á tirar de su carro (4). Este rasgo caracteriza al conquistador asiático. Los monumentos y los testimonios de los autores están acordes en presentar á los antiguos egipcios como un pueblo cruel.

N.º 1.—Sacrificio de los prisioneros.

¿Han practicado los Egipcios los sacrificios humanos? ¿Cuáles eran las víctimas de tan horrible supersticion? Los autores antiguos no estaban acordes en esta cuestion, y los sabios modernos

(1) DIODORO, I, 56.—ROSELLINI, *Monumenti*, III, 2, p. 185.

(2) *Discurso sobre la historia universal*, 3.ª parte.

(3) La identidad de Faraon que empleó á los Egipcios en los trabajos más rudos y Ramsés, se halla establecida por LEPSIUS, *Cronologia*, t. I, p. 358, 359.

(4) DIODORO, I, 58.—HERODO, II, 108.

tampoco. El hecho de los sacrificios es cierto; pero ¿inmolaban á los prisioneros como los Celtas? Es probable, segun las analogías históricas. Parece tambien que los monumentos manifiestan que los Egipcios usaban en toda su barbarie del derecho de vida y muerte que la antigüedad reconocia al vencedor; pero los egipólogos no están acordes acerca del sentido que debe darse á aquellas representaciones. En la oscuridad que todavía reina acerca del antiguo Egipto, debemos limitarnos á exponer y contentarnos con probabilidades.

Herodoto pretende que los griegos han calumniado á los Egipcios, atribuyéndoles el uso de los sacrificios humanos; ¿cómo creer, dice, que un pueblo que no se permite sacrificar un animal quisiera matar hombres? (1). El historiador olvida que la naturaleza humana presenta grandes contradicciones. Los Indios, los más dulces de los hombres, eran humanos con los animales y crueles muchas veces con sus semejantes. ¿Qué podemos esperar de los habitantes de Egipto, cuyo carácter no era naturalmente dulce?

Los habitantes de las márgenes del Nilo se distinguían por un genio feroz; la supersticion los inducía á ser crueles. El que mataba, aunque fuese involuntariamente, un gato ó un ibis, era condenado á muerte; á veces el pueblo, sin esperar á que fuera juzgado, se arrojaba sobre el culpable y lo mataba (2). En sus leyes se nota la barbarie asiática. Nada más horrible que el castigo de los culpables de infanticidio: se les obligaba durante tres dias y tres noches á tener abrazado el cadáver de su hijo. El legislador se dedicaba á inventar suplicios; á los parricidas se les cortaban las manos con anillos afilados, y se los quemaba vivos sobre zarzas. La mutilacion era un principio dominante de la legislacion egipcia; se castigaba á cada uno en la parte del cuerpo que habia servido para cometer el delito (3). Se prodigaban los castigos corporales; se apaleaba á las mujeres y á los niños. El palo era el aguijon para hacer trabajar, y bien pronto este ignoble tratamiento fué necesario para obligar á los egipcios á cumplir los

(1) HERODO, II, 45.

(2) DIODORO, I, 83.

(3) DIODORO, I, 77, 8.

deberes que el Estado impone á los ciudadanos (1). La barbarie de las leyes, léjos de moralizar á los hombres los degrada y los embrutece. Los Egipcios acabaron por adquirir la reputacion de una nacion cruel y feroz en sus venganzas (2). La invasion de las ideas y de los sentimientos de la Grecia no consiguió humanizarlos. Aun bajo el Imperio romano se distinguian por su falta de humanidad.

Herodoto se ha engañado, pues, acerca de la dulzura de las costumbres egipcias. Todo lo que puede deducirse de su testimonio es que los sacrificios humanos habian caido ya en desuso hacia mucho tiempo. En la más remota antigüedad estuvieron en uso casi en todas partes, y han ido desapareciendo con los progresos de la civilizacion. Respecto de los tiempos antiguos, podemos oponer á la apología del historiador griego el testimonio de un escritor indígena. *Manethon* dice que los Egipcios quemaban en la ciudad de Iithyia hombres llamados *tyfonios*, cuyas cenizas arrojaban á los vientos. El mismo historiador nos dice que se inmolaban tambien hombres en Heliópolis. La sangre manchó los altares, hasta que el rey Amosis mandó sustituir las víctimas humanas con figuras de cera de tamaño natural; hasta esta época los *tyfonios* eran escogidos y marcados con el mismo cuidado y las mismas formalidades que los animales destinados á los sacrificios (3).

¿Cuál es el origen de tan crueles supersticiones? No nos es posible aclarar este horrible misterio. Los sacrificios humanos estaban en uso en todos los pueblos de la antigüedad; se perpetuaron en las naciones sometidas á una casta sacerdotal; la idea de la expiacion, grabada más profundamente en las religiones dominadas por los sacerdotes, ahogó la voz de la humanidad. Algunos sabios

(1) WILKINSON, *Manners and Customs*, t. II, p. 40, 41. Avergonzábanse los Egipcios cuando no podian mostrar sobre su cuerpo numerosas señales que atestigüasen sus esfuerzos por librarse del tributo (AMMIAN. MARCELLIN., XXII, 16). El palo todavía se considera hoy entre los Egipcios como un «dón de Dios».

(2) POLYE., XV, 33, 10; δεινὴ γὰρ τις ἢ παρὰ τοὺς θεμούς ὁμοίως γίγνεται τῶν κατὰ τὴν Αἴγυπτου ἀνθρώπων.

(3) MANETH., ap. PLUTARC., *De Is. et Osir.*, c. 73.—MANETH., ap. PORPHYR., *De Abstin.*, II, 55. Los hombres *tyfonios* eran los que tenian los cabellos rojos como *Typhon* (SCHMIDT, *De sacrificiis Aegyptiorum*, p. 181, 276, 289).

han querido lavar al pueblo egipcio de esta mancha (1). Fundándose en que el rey que abolió los sacrificios es el mismo que expulsó á los Hycsos, atribuyen aquella bárbara costumbre á los conquistadores del Egipto; creen conciliar de este modo la opinion de Herodoto, que dice que nunca hubo sacrificios cruentos entre los Egipcios, con el testimonio de *Manethon* que testifica su existencia. Esta explicacion no nos parece satisfactoria. En el texto de *Manethon* no hay nada que indique que habla de los Nómadas. Si se tratase de un uso de los Hycsos, ¿por qué Amosis habia de haber conservado la ceremonia sustituyendo los hombres con figuras de cera? Esto prueba que la supersticion estaba arraigada en Egipto; el legislador tuvo que luchar contra la barbarie popular, y darle una especie de satisfaccion, conservando sacrificios simbólicos que reemplazasen á los sacrificios reales.

Los monumentos no son tan explícitos como el testimonio de *Manethon*. Si creemos á los autores de la *Descripcion del Egipto*, los Egipcios han inmortalizado su crueldad por medio de las artes. Los sepuleros de los reyes en las ruinas de Tébas presentaron á los sabios franceses un espectáculo que los heló de espanto: «En la gran sala sepulcral hay un friso cubierto de pinturas que representan una serie de hombres rojos y azules con la cabeza cortada; encima de ellos se ven verdugos cortando cabezas con cuchillos; las víctimas están atadas y en las actitudes más penosas; la sangre corre por todas partes; estas horriboras y desagradables escenas van mezcladas con serpientes cortadas en pedazos» (2). Otras esculturas no dejan duda acerca de la condicion de los desgraciados á quienes sacrificaban: «En Tébas se ve un sacrificador que levanta su mano derecha, armada con una maza, para descargarla sobre un hombre colocado entre dos divinidades. Por el traje y barba de la víctima se conoce que pertenece á una nacion, cuyos combates con los Egipcios y cuya derrota están esculpidos en los muros del gran edificio de Karnac» (3).

Muchos egiptólogos, sin embargo, se niegan á creer en la exis-

(1) JABLONSKI, *Panth. Aegypt.*, t. II, p. 72-77.—RÖTH, *Geschichte unserer abendländischen Philosophie*, t. I, p. 216.

(2) *Descripcion del Egipto*, t. III, p. 198.

(3) *Descripcion del Egipto*, t. VI, p. 151, 152.

tencia de los sacrificios humanos en un pueblo tan civilizado como el egipcio. Unos suponen que los monumentos representan suplicios de criminales (1), ó tormentos de los infiernos; otros creen que el sacerdocio quiso condenar la tiranía de los reyes (2); la mayor parte ven, en las representaciones que parecen indicar sacrificios, grupos jeroglíficos que expresan la idea de la sumisión absoluta al vencedor, de su derecho de vida y muerte (3). No tenemos inconveniente en creer que en la época histórica de Sesóstris y de Ramses no corría ya por los altares la sangre de las víctimas humanas, y que las esculturas no tenían ya entonces más que un carácter simbólico. Pero esta suposición no lava á los Egipcios de la acusación que mancha su memoria. ¿No serán una imagen del pasado esos cuadros que manchan los monumentos del Egipto? Un pueblo que nunca hubiera practicado los sacrificios humanos, ¿hubiera tenido la idea de buscar en tan espantosas supersticiones la expresión de su pensamiento, los caracteres de su escritura? (4).

N.º 2. — *Manera de tratar á los vencidos.*

En el sepulcro de Osymandias se ve la representación de un sitio. Un héroe egipcio se precipita sobre los enemigos y les obliga á huir en el mayor desorden. Los vencidos se vuelven, levantando las manos, como para implorar clemencia. Pero el vencedor es inexorable: los guerreros egipcios cogen por los cabellos á sus enemigos y los matan á golpes de maza, á puñaladas ó á sablazos; no respetan á las mujeres ni á los niños (5).

Este cuadro es la imagen de la crueldad de los Egipcios. Al ver sus costumbres de guerra, tales como están representadas en sus monumentos, creería uno encontrarse en medio de los salvajes de

(1) *Ibid.*, t. II, p. 60.

(2) HAMILTON, *Aegiptiaca*, p. 157.

(3) CHAMPOLLION, *Cartas escritas del Egipto*, p. 233, 346. — CHAMPOLLION, FIGEAC, *El Egipto*, p. 43-45. — WILKINSON, t. V, p. 341-344.

(4) HEEREN admite como un hecho incontestable el sacrificio de los prisioneros. — Compárese SCHWENK, *Die Mythologie der Aegypter*, p. 15.

(5) *Descripcion del Egipto*, t. II, p. 266.

América. Las cabezas de los enemigos muertos forman el adorno del carro del vencedor (1); los reyes aumentan su gloria en las inscripciones con estos horribles trofeos (2). La manera de contar el número de los enemigos muertos en el campo de batalla recuerda las costumbres de los conquistadores más bárbaros; los Turcos cuentan las orejas, los Egipcios cortan las manos y las partes genitales y las cuentan (3).

El sabio egiptólogo *Wilkinson* presenta las costumbres egipcias bajo el punto de vista más favorable, pero se ve obligado á confesar que trataban á los prisioneros con una dureza que está en contradicción con la humanidad de los vencedores (4). Se ataba á los prisioneros con las manos á la espalda ó sobre la cabeza; se les unía por medio de una cuerda pasada alrededor del cuello; á veces el Rey encadenaba á los prisioneros en sus propias manos, como si fuesen criminales (5); el instrumento que servía de esposas se ha conservado en los usos del Egipto hasta nuestros días. Los príncipes vencidos participaban de la suerte común; su alto rango los exponía á más sangrientos ultrajes después de su derrota; el triunfador los ataba bajo el eje de su carro (6). Si los Faraones abusaban hasta este punto de los derechos de la guerra, ¿cuál sería la conducta de las masas? Los guerreros egipcios martirizaban á sus prisioneros hiriéndolos con dardos (7). En los monumentos se ven cautivos á quienes se ha cortado el puño derecho (8).

La duración del imperio de los Faraones en Asia ha sido demasiado corta para que podamos apreciar su política respecto de los pueblos subyugados. Los pocos conocimientos que por medio de los monumentos podemos adquirir, nos inducen á creer que el régimen de los conquistadores era el de todos los déspotas asiáticos.

(1) ROSELLINI, *Monumenti*, III, 1, p. 158. — *Descripcion del Egipto*, t. II, p. 481.

(2) « *Ecco il dio buono che rallegrasi in vedere il sangue, avendo resciso le teste al corpo degli uccisi* » (ROSELLINI, *ib.*, y p. 379).

(3) *Descripcion del Egipto*, t. II, p. 83, 294.

(4) WILKINSON, *Manners and Customs*, t. I, p. 39.

(5) ROSELLINI, *Monumenti storici*, t. III, p. I, p. 329.

(6) WILKINSON, t. V, p. 285.

(7) *Descripcion del Egipto*, t. II, p. 107.

(8) CAILLAUD, *Viaje á Meroë*, t. III, p. 285.

Las enfáticas inscripciones destinadas á inmortalizar los nombres de los príncipes no celebran su clemencia, sino su cólera; se los compara con leones irritados, inexorables (1). ¿Cómo habian de ser humanos con enemigos á quienes consideraban como una raza impura y perversa? Solamente el Egipto es digno de la atencion de los Faraones. Las naciones bárbaras, que se atreven á resistirles, son culpables. Una inscripcion de Sesóstris resume toda la política egipcia: *gobierna el Egipto, castiga la tierra extranjera* (2).

Los pueblos conquistados quedaban sometidos al pago de los tributos; y debia ser pesada la carga, porque á cada momento se sublevaban (3). Se condenaba á la esclavitud una parte de los vencidos, y se los empleaba en erigir esos gigantescos monumentos, que apénas podemos admirar, cuando sabemos que ha habido naciones enteras sacrificadas á la gloria del vencedor. La historia ha conservado algunos recuerdos de su desgraciada condicion. El exceso de la opresion obligó á los cautivos á insurreccionarse contra sus omnipotentes señores: la tradicion atribuye á esta insurreccion la fundacion de una ciudad egipcia, llamada Babilonia (4). La suerte de los Hebreos establecidos en Egipto da una idea de la dominacion de los Faraones. Despreciados como impuros, detestados como nómadas, fueron relegados á un rincon de tierra demasiado pequeño para contener una poblacion numerosa; el excesivo apiñamiento y la falta de limpieza engendraron aquella terrible enfermedad que fué en la antigüedad como la marca distintiva de los Judíos; la lepra aumentó la repugnancia que inspiraban; fueron tratados como bestias más bien que como hombres, y se los abrumó con los trabajos más humillantes (5). La tiranía llegó hasta condenar á muerte á los hijos varones, á fin de extinguir aquella raza maldita. La profunda degradacion de los Israelitas, cuando Moisés inspirado por Dios los llamó á la inde-

(1) ROSELLINI, t. IV, p. 18; t. III, P. 2, p. 54.

(2) *Ibid.*, t. III, P. 1, p. 359; t. III, P. 2, p. 163, 215.

(3) *Ibid.*, t. III, P. 1, p. 444, 445; P. 2, p. 107.

(4) DIODOR., I, 56.

(5) Hay un cuadro en las catacumbas del Egipto que representa á los Hebreos haciendo ladrillos; los Egipcios, teniendo en la mano un palo, que no era allí una simple señal de mando, los vigilan. ROSELLINI, t. II, p. 254.

pendencia, es la condenacion de la política de los Faraones (1).

Los Egipcios han dejado en sus monumentos una imágen de su derecho internacional. Se ha criticado á Luis XIV por las estatuas encadenadas, que representan las naciones, y que él huella con sus piés. No sabía el gran rey que imitaba en esto á los conquistadores bárbaros. Una tradicion recogida por Vitrubio (2) dice que las *Cariátides* son de origen griego. Los autores de la *Descripcion del Egipto* creen que los Griegos la tomaron de los Egipcios: «En el pabellon de *Medynet-Abou*, la construccion está sostenida por cuatro figuras de hombre, de las que no se ve más que medio cuerpo; están tendidas boca abajo, con sus manos penosamente apoyadas en una losa y en ademán de hacer violentos esfuerzos para levantar el peso que las abruma; llevan cota de armas, lo cual prueba que las figuras colocadas en aquella humillante posicion representan cautivos» (3). No resolverémos la cuestion de origen: las *cariátides* de Egipto, así como las de Grecia y las del Louvre expresan la misma idea, la ignominia del vencido y la insolencia del vencedor. Y estos sentimientos no se manifestaban únicamente en la escultura. Se han encontrado en los sepulcros sandalias que tienen en su parte inferior figuras con colores que representan pastores con los miembros agarrotados; de este modo los conquistadores pisoteaban literalmente la imágen de sus enemigos vencidos (4). El lenguaje estaba en armonía con las representaciones de las artes; los dioses prometian á los reyes *poner toda la tierra bajo sus piés* (5). Si el símbolo es la expresion fiel de la idea, es difícil imaginar conquistadores más insolentes que los Faraones ni condicion más degradante que la de los pueblos que subyugaron.

(1) *Genesis*, XLIII, 32. — JOSEPH., *Antig.*, II, 9.

(2) VITRUB., *De Architect.*, I, 1.

(3) *Descripcion del Egipto*, t. II, p. 60, 77-79.

(4) CAILLIAUD, *Viaje á Meroë*, t. I, p. 260. — CHAMPOLLION, *Cartas relativas al Museo egipcio de Turin*, 1.ª carta, p. 58.

(5) *Sotto i tuoi calzari* (ROSELLINI, *Monumenti storici*, t. III, P. 1, p. 344, 404), ó *Sotto i tuoi sandali* (*Ib.*, P. 2, p. 117). La expresion ha pasado á la poesia hebráica. *Ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum* (*Psalms*, CX, 1).

N.º 3.—*Causa de la barbarie del derecho de guerra de los Egipcios.*

Tal fué el derecho de guerra del Egipto teocrático. No es ménos bárbaro que el de los pueblos nómadas, que con tanta frecuencia invadieron y devastaron el Asia. ¿Debe imputarse la crueldad de los Egipcios á la casta sacerdotal? Ni el sacerdocio ni la monarquía crean el genio de un pueblo. Probablemente las castas superiores, venidas del Oriente, hallarian una raza indígena posesionada de las márgenes del Nilo. ¿Cuáles eran las costumbres y la cultura de aquellos primitivos habitantes? No hay documento histórico que nos dé luz sobre esta importante cuestion; pero no creemos ofenderlos suponiéndolos próximamente salvajes. Aun hoy existen notables analogías entre las costumbres de las poblaciones africanas y las que hemos encontrado en el Imperio de los Faraones. Los negros de la Nubia acostumbraban cortar á los muertos las partes genitales; los vencedores regalaban estos obscenos despojos á sus mujeres, las cuales se adornaban con semejantes trofeos (1). Es probable que el derecho de guerra de los Egipcios sea un resto de la barbarie africana.

Pero, si la crueldad de los Egipcios no es imputable á la casta sacerdotal, ¿no es ésta culpable, cuando ménos, por haber dado la sancion de la religion á los horribles sacrificios de los salvajes? Vacilamos al presentar esta acusacion. Para apreciar la influencia de los sacerdotes sobre la civilizacion del Egipto, necesitaríamos tener, acerca del desarrollo moral del pueblo, testimonios exactos, de los cuales carecemos. Sin embargo, la historia de las teocracias nos obliga á reconocer que la casta sacerdotal no retrocede ante la sangre: su genio no es el de la dulzura, sino un espíritu sombrío y feroz, que con facilidad se aviene con todos los excesos. Los sacrificios humanos desaparecieron ciertamente de Egipto, hasta el punto que en tiempo de Herodoto era posible poner en duda que hubiesen existido en ningun tiempo. Pero la gloria de este acto de humanidad no corresponde al sacerdocio, sino á un rey, á un guerrero.

(1) CAILLIAUD, t. III, c. 41.

CAPITULO III.

RELACIONES INTERNACIONALES.

§ I.—*Consideraciones generales.*N.º 1.—*Aislamiento.—Costumbres inhospitalarias de los Egipcios.*

Teniendo en cuenta las relaciones aparentes, puede decirse con Montesquieu que el Egipto era el Japon de la antigüedad (1). Sus costumbres y sus instituciones, fruto de un desarrollo original, lo alejaban de todo comercio con las naciones extranjeras. Se ha explicado la causa del carácter individual de la civilizacion egipcia por la constitucion física del país. Herodoto ha hecho ya esta observacion: «Como el clima del Egipto es diferente de todos los demas climas, y como el Nilo es de diferente naturaleza que los demas rios, los habitantes tienen costumbres y leyes contrarias á las de las demas naciones» (2). Un geógrafo eminente ha desarrollado ingeniosamente esta idea: «El Nilo, dice Ritter, es el único rio de los trópicos que desemboca en un mar Mediterráneo. Todos los rios de la India, de la China y de América desaguan en el Océano; la vista de la inmensidad de los mares invita á los habitantes de las costas á una vida de expansion. En Egipto el mar no atrae las miradas de sus habitantes; el único fenómeno que les llamaba la atencion es el desbordamiento del Nilo, que les

(1) MONTESQUIEU, *Espiritu de las leyes*, XXI, 6.

(2) HEROD., II, 35.